

1974

Imágenes y realidades interamericanas

Robert G. Mead

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Mead, Robert G. (Noviembre 1974) "Imágenes y realidades interamericanas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 1, Article 5.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss1/5>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

IMÁGENES Y REALIDADES INTERAMERICANAS

Robert G. Mead, Jr.

Nota: El original de este artículo apareció en Cuadernos Americanos (México, D. F.), en el número de noviembre-diciembre de 1973, pp.35-62. Los párrafos que siguen forman la conclusión del artículo, en la cual se plantea el difícil problema de la comprensión intercultural en las Américas y se bosquejan varias de las imágenes que suscitan los Estados Unidos entre algunos de los iberoamericanos más inteligentes y sensibles.

¿Y el porvenir?

Para resumir, entonces, es claro que la inmensa mayoría de las imágenes citadas proviene de lo que podríamos llamar la intelligenza del continente cuando contempla a los Estados Unidos, su política, su pueblo y su vivencia. El mosaico formado por estas imágenes, la imagen conjunta que mira dicha intelligenza, está arraigada en una extensa red de características nacionales: los norteamericanos se inclinan a aceptar la fuerza como el mejor medio de resolver los problemas sociales; tienden a una evaluación básicamente utilitaria y cuantitativa más que espiritualizada e individualizada de los esfuerzos humanos; y conciben las relaciones extranjeras como una lucha para adquirir rango, poder y prestigio entre las naciones del mundo. Piensan los iberoamericanos ilustrados que les es difícilísimo, como ciudadanos o como oficiales o funcionarios diplomáticos, comprender en verdad y, a veces, hasta tomar muy en serio, las culturas que no nacen de ideales y valores semejantes a los norteamericanos. Y quisieran estos iberoamericanos, junto con un número cada vez mayor de críticos y comentaristas de los Estados Unidos, que se hallara en

la vida del gran país norteamericano una manera de aumentar e intensificar las sensibilidades estéticas, espirituales y artísticas del pueblo, y así acercarnos más todos los países del Nuevo Mundo a esa vida ideal que tanto ha soñado el hombre en América, esa última Tule que renace en cada generación.

Este mosaico de imágenes, verdaderas y falsas en grados distintos, entre otras cosas nos indica claramente que, tanto al norte como al sur del Río Bravo, necesitamos comprendernos mucho mejor. Y esto lo afirmo a pesar del valor muy positivo del actual auge notable en los Estados Unidos de los estudios universitarios latinoamericanos, de los libros serios e inteligentes que se publican acerca de Iberoamérica en las imprentas universitarias y las editoriales comerciales, de la mejoría en los programas de televisión dedicados a problemas latinoamericanos; y, en las naciones iberoamericanas, del interés siempre en aumento de sus intelectuales por los escritores y la cultura norteamericana. Es en verdad paradójica y desconcertante la situación: nunca antes nos hemos conocido mejor y, a la vez, nunca antes nos hemos dado cuenta de cuán incompleto e inadecuado, dadas las exigencias de la época, es nuestro conocimiento mutuo.

Después de cinco siglos de historia novomundana es sobremanera desconsolador ver que la ignorancia, las imágenes deformadas y el rencor abundan por todo nuestro hemisferio, y más triste aún es darnos cuenta que hasta las imágenes más negativas y absurdas sobrevivirán por largos años puesto que forman parte de los clichés de las distintas culturas nacionales. Sin duda alguna, habrá gente en todos los países americanos que se sentirá ofendida, y hasta enfurecida, por algunas de estas imágenes. Podemos polemizar en cuanto a su validez, afirmar que nacen de la ignorancia y de prejuicios antiquísimos, o aún permitir que nos hieran en lo más recóndito e instintivo de nuestra sensibilidad superpatriótica--sobre todo si somos chauvinistas. Pero tales reacciones, además de ser ilógicas y contraproducentes, opino, indicarían que no se ha comprendido el punto esencial del debate. La verdad relativa de las opiniones iberoamericanas acerca de los Estados Unidos, y vice versa, importa indudablemente, pero la

realidad de su existencia es todavía más importante--y es irrefutable. Si algún día confiamos en lograr una mejor comprensión intercultural entre las naciones americanas, me parece que debemos comenzar por estudiar de una manera desapasionada las imágenes que unos tenemos de otros y, luego, proceder a corregirlas, empleando todos los medios a nuestro alcance en un ambiente de serena libertad y cooperación y con un respeto mutuo por nuestras diferencias.

No me toca a mí, por cierto, formular una nueva política latinoamericana para los Estados Unidos. ¡Recuérdese la Doctrina Monroe, la Política Panamericana, la Política del Buen Vecino y la Alianza para el Progreso--todas caducas, fracasadas--pero fantasmas que aun viven porque nos afectan todavía! Pero sí puedo repetir algunas observaciones y sugerencias hechas por otros que me parecen inteligentes, y añadir algunos consejos míos. Los Estados Unidos debieran dejar de apoyar el status quo en Latinoamérica y hacer patente su respaldo moral y material a los grupos que tratan de abolir el trecho que separa los pocos ricos de los muchos pobres--y hacerlo mediante una ayuda técnica y económica sólo en los casos donde se los pida, y con inteligencia, sensibilidad y de un modo generoso y desinteresado--jamás en la forma de explotación abierta o velada. Debieran ayudar a los que trabajan para facilitar la diversificación económica, el mercado común, las asociaciones regionales de comercio libre y semejantes medidas positivas. La política arancelaria norteamericana debiera liberalizarse, y los norteamericanos debieran pagar un precio justo por lo que compran en Latinoamérica.

Debieran abandonar, por fin, la última noción fugaz de "exportar" la American way of life (la vivencia norteamericana), con su culto a veces casi ciego de la empresa libre y sus valores mayormente burgueses, y abandonar (aun en la subconciencia) sus esfuerzos de contrahacer las naciones latinoamericanas en base de su propia imagen. Ellas van a desarrollarse de acuerdo con los modelos y patrones que les son peculiares, los cuales serán distintos en los varios países, y sus instituciones tendrán que arraigarse en sus propios pueblos, tierras y problemas. Y no basta que

en los Estados Unidos sólo el gobierno y los empresarios industriales hagan caso de estas sugerencias: también tendrán que incorporarse en las políticas y los programas de los medios de comunicación, el cine, las agencias de anuncios, la industria del turismo, las escuelas y las universidades, las compañías editoriales y, sobre todo, en la vida de la familia norteamericana. Algo semejante tendrá que pasar al sur del Río Bravo, en la América luso e hispanohablante. Solo así pueden todas las naciones del Nuevo Mundo, cada una a su modo, progresar penosamente hacia la misma meta general que todos anhelamos: la creación de un mundo verdaderamente democrático en que cada ciudadano pueda realizarse plenamente, gozando de una libertad responsable y humana.

Para terminar, sólo quisiera recordarles otra vez a los americanos de todo el hemisferio las palabras de Dom Helder Câmara, Arzobispo de Recife: "Primero, son indispensables la comprensión, la amistad, el entendimiento, y el amor." Porque, con el amor, la humanidad puede lograrlo todo--hasta lo imposible. Y sin el amor las realizaciones humanas, por vastas e imponentes que sean, son frías, espiritualmente vacías, y construidas sobre la arena.